



La Tempestad, de W. Shakespeare. Dirección: Peter Brook (1990). (Foto: Michel Jacquelin).

La descentralización en Francia

Por Dasa Kovacevic *

Por un lado están las instituciones culturales apoyadas por el Estado con enormes maquinarias administrativas, planificación de largo alcance, sustanciales pérdidas financieras y una determinación por parte de sus líderes prominentes de mantener la calidad, satisfacer altos niveles artísticos y defender la identidad cultural nacional. Por otro lado está el sector privado, con dinámicas empresas comerciales donde dominan las técnicas de mercado y el gusto del público es el único criterio de éxito.

El Ministro nombra, el Director de teatro gobierna.

Entre el Estado y la sociedad, la cultura y el mercado, la creación y la recreación, está el Ministerio de Cultura y su Ministro Jack Lang. Francia es uno de los pocos países del mundo desarrollado en

Cuando oigo la palabra cultura, echo mano a mi calculadora de bolsillo -un dicho famoso, atribuido a Patric le Lay, director del canal privado de Televisión TF1- resume las consecuencias de la descentralización en el teatro francés. Después de 30 años, los déficits escandalizan al público, pero el Ministerio de Cultura continúa subvencionando el teatro fuera de París.

que hay una fructífera cohabitación del Estado y los sectores culturales privados. El Ministerio de Cultura controla la expansión de la producción privada, especialmente en comunicación audiovisual, a través del mecanismo de comisiones y consejos nacionales. En materia de las artes, y especialmente de las artes del espectáculo, el Ministerio toma una decisiva postura en defensa de la misión espiritual y educativa de la cultura y la creación auténtica en medio de un creciente mercado internacional de la cultura orga-

nizado sobre los principios del capitalismo liberal.

Las dificultades reales del Ministerio de Cultura y de su Ministro empiezan una vez que los enemigos externos, tales como la «americanización», la comercialización y la privatización, se han unido, y que el mal interior se enfrenta a la hemorragia presupuestaria causada por el teatro subvencionado: teatros nacionales, centros dramáticos nacionales (CDN), casa de cultura (MC), centro de acción

* Crítico teatral en Radio France International.

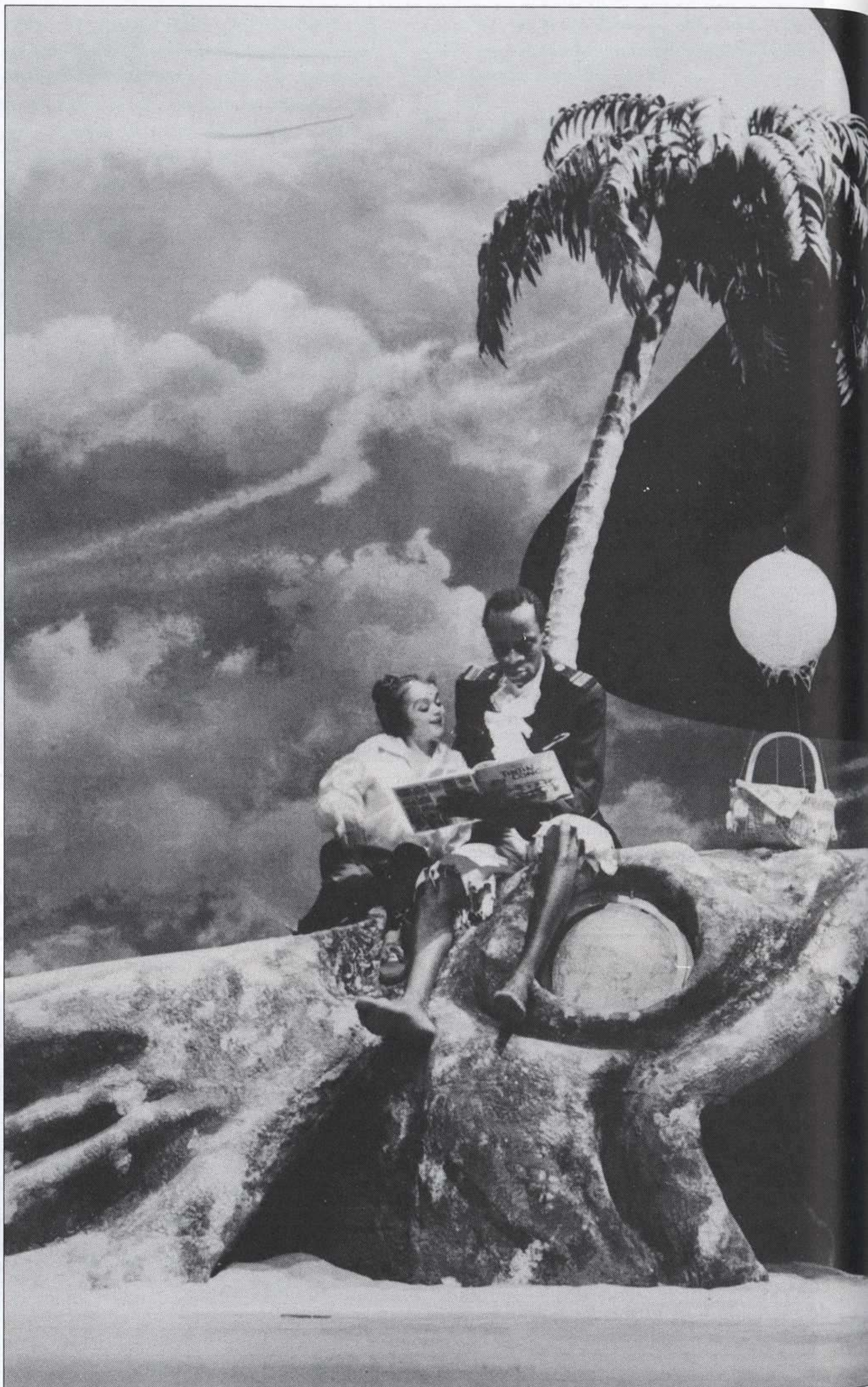
cultural (CAC). El despilfarro, descarado en todas estas estructuras, se achaca a menudo a los cambios que Jack Lang introdujo en la jefatura artística de los locales subvencionados durante sus dos mandatos ministeriales (1981-84 y 1988-...).

El tradicional administrador de las compañías nacionales ha sido reemplazado por artistas de teatro, fundamentalmente directores, y la burocracia administrativa tuvo que ceder parte de su campo a asistentes, dramaturgos y jefes de prensa. Se puede casi decir que en Francia el viejo sueño de los reformadores del teatro de principios de siglo se ha hecho realidad: cada artista significativo tiene su propio teatro, una compañía estable y total libertad de creación artística y de gestión -y un enorme déficit en la mayoría de los casos-.

Que el director de escena es la figura clave de las compañías de teatro nacional quedó confirmado por el nombramiento de Antoine Vitez al frente de la Comédie Française, y después de su reciente muerte, de Jacques Lasalle, antes director del Teatro Nacional de Estrasburgo. Jerome Savary se hizo cargo del Teatro Chailiot, que solía dirigir Vitez en el primer mandato socialista, Jorge Lavelli el Teatro Nacional de la Colline y Giorgio Strehler del Teatro de Europa en el Odeón.

Afirmación de la periferia.

El otro gran cambio concierne a la geografía, o mejor, topografía del teatro. El teatro de la región parisina se solía dividir en centro y periferia, con el poderoso Estado y las instituciones privadas en el centro y grupos experimentales en el extrarradio. Suburbios parisinos como Creteil, Aubervilliers, Gennevilliers, Bobigny, Nanterre, tuvieron hasta hace poco una actividad cultural creada por las autoridades municipales como propaganda e ideología entretrejida con el programa educativo: los artistas de izquierda solían congregarse en tales enclaves culturales como exiliados de la cultura establecida del centro metropolitano. Estos antiguos compañeros de viaje marginales de la cultura parisina han pasado de ser la periferia a ser baluartes de auténtico prestigio artístico y poder, al ser más móviles y dinámicos que las compañías de importancia nacional y los grandes teatros privados. Todos esos CDN, MC y CAC tenían mejor vista para las novedades, incluían atractivos proyectos multimedia



Manie Ouate en Papôasie, de Joël Jouanneau. Dirección: Joël Jouanneau. Heyoka-Théâtre de Sartrouville (1990). (Foto: Brigitte Enguerand)

y multidisciplinares e iniciaron contactos y colaboración con importantes socios europeos e internacionales.

Aunque concentrada principalmente en la amplia región parisina de Ile-de-France, la red del teatro francés está cuidadosamente distribuida por todas las regiones; pero la descentralización, que

fue motivo de orgullo de la política cultural francesa, se ha convertido en fuente de problemas y frustración. Cuando André Malraux fue Ministro de Cultura de De Gaulle, hizo aparecer el sueño de que cada región tendría su «catedral de sueños». Generaciones de artistas veteranos como Vilar o Planchon alimentaron

el contacto con amplias audiencias y los políticos locales los apoyaron esperando hacer sus ciudades famosas como Mecas culturales. Treinta y dos casas regionales de cultura, subvencionadas por el gobierno y los municipios, se erigieron como símbolo de la igualdad sobre el elitismo parisino.

Treinta años después, este valiente esfuerzo por lograr la igualdad entre la capital y las provincias ha desembocado en una crisis seria, más visible en el aspecto financiero, que ha tocado fondo: cerca de cien millones de francos de déficit anual contraídos sólo por los programas teatrales. Al Ministerio de Cultura se le reprocha ahora haber favorecido supuestamente a algunas regiones con grandes préstamos. Aparentemente, la benevolencia ministerial ha estado ocultando las pérdidas de algunas organizaciones durante años, mientras rehusaba la ayuda financiera a otras.

Anuncio de cambios presupuestarios.

Las cabezas de los centros dramáticos nacionales y otras organizaciones culturales han sido atacadas públicamente, de modo que el Ministro y su Director de teatro y espectáculos, Faivre d'Arcier, se vieron forzados a anunciar reajustes en 1991. La lista de candidatos hecha pública sugiere más una reconstitución del gabinete que un cambio genuino. El auténtico cambio es que algunas instituciones culturales, antes subvencionadas por el Estado, están ahora reclamando independencia, transformándose en sociedades anónimas de cultura, y reclamando beneficios fiscales significativos. Un grupo de ingenieros compró hace poco la Casa de Cultura de Reims y creó un Centro de Arte y Tecnología, y algo similar está ocurriendo en Nevers, Chambéry y Le Havre.

A pesar de las acusaciones de que la descentralización ha sido un enorme fracaso, el Ministerio anunció una nueva ola de medidas descentralizadoras. El nuevo presupuesto presentado por Lang contiene algunas sorpresas. En lugar de a los teatros nacionales y los centros dramáticos nacionales, se ha dado prioridad a los grupos independientes, cuya subvención se ha incrementado en un treinta por ciento.

A las compañías que deciden trabajar en una ciudad de provincias, se les ofre-

cen contratos de tres años con el Ministerio, y las compañías itinerantes reciben ayuda financiera si están vinculadas a algún CDN o CAC. Este sistema podría llevar a una verdadera descentralización, en contraste con la situación presente, en que una de cada dos empresas teatrales se localiza en la región de París. El plan exige contratos con compañías que presenten proyectos que garanticen treinta representaciones, y los directores independientes pueden esperar también contratos de tres años.

En lo que concierne a las compañías nacionales, Jack Lang anunció que se considerará caso por caso. No se sabe de cuánto dinero estatal dispondrán, especialmente cuando existe la idea de estimular la inversión privada en cultura a través de varios incentivos fiscales. Cuando se le acusa de abandonar su responsabilidad en materias de importancia cultural nacional, el gobierno subraya las iniciativas independientes como la clave de la próxima integración europea; pero

para hacer efectiva esta idea mesiánica de una cultura europea unificada, el peso mayor corresponderá al Estado, no a los gobiernos municipales o regionales. Ciudades grandes y pequeñas están ya empeñadas en una agotadora carrera para organizar más festivales, seminarios y simposios europeos, mientras los asuntos realmente importantes de la integración cultural desde el Atlántico a los Urales demandan la implicación de los gobiernos nacionales para resolver cuestiones como royalties, protección de monumentos culturales, derechos de autor, modelos de subvención, seguridad social de los artistas, y gestión y control de los fondos público para cultura. Hasta que estos temas estén resueltos con algún consenso europeo, los festivales y los simposios continuarán floreciendo, dando a lugares como Saint Etienne, Grenoble o Nantes la ilusión de que ellas también, al menos una vez al año, son capitales culturales europeas.

Euromaske, nº 3. 1991.

Espectáculos y público

por A. Girard y J.M. Guy

Con ocasión de los encuentros organizados en Avignon en Julio de 1985, por la Asociación Técnica para la Acción Cultural, sobre el tema «El comerciante, el artista y los otros», M. Philippe Tiry, director de la Oficina Nacional de Difusión Artística, señalaba que el número de creaciones dramáticas pasó de alrededor de doscientas en 1970, a mil trescientas en la actualidad. Otro indicador de esta vitalidad es el aumento de expedientes de petición de subvenciones examinados por el Ministerio de Cultura. De 123 en 1972, alcanzó los 445 en 1980, 851 en 1984 y 1005 en 1985. En cuanto al número de compañías dramáticas, pueden citarse dos cifras: el número de compañías profesionales está estimado en 1000 por la Asociación Profesional del Espectáculo y el Audiovisual y el de las compañías de aficionados en 3500, por la Federación Nacional de Teatro Amateur.

El confortante dinamismo de la creación teatral que estas cifras testimonian, se contrarresta desgraciadamente con una bajada regular de la frecuentación de teatros. En 1973, primer año del que disponemos de datos fiables, un 12% de los franceses de más de 15 años iban al teatro al menos una vez al año. En 1981 no eran más que un 10% y en 1987, la cifra había caído al 7%. Esta desafección al teatro alcanza a todas las categorías socio profesionales, todas las clases y edades. Más aún, el público adulto, numéricamente restringido, tiende en el curso de los años a ser cada vez más homogéneo; en dos palabras: se aburguesa y envejece.

Del libro *Les publics du théâtre*
Paris 1988